FRAY ANTONIO CORREDOR
O. F. M.

MARIA EN EJEMPLOS

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34
41003 SEVILLA

CRUZADA MARIANA
Margallo, 12
10003 CACERES

Con licencia eclesiástica
Depósito Legal B. 19.086-1986
ISBN: 84-7656-027-3
Printed in Spain
Impreso en España

VIDA DE LA VIRGEN MARIA

La vida de la Santísima Virgen María, según los Evangelios y la Tradición, es como sigue:

Los padres de la Virgen fueron San Joaquín y Santa Ana, los cuales, aunque de ascendencia real, vivían en una condición modesta.

Se cree que eran vecinos de Nazaret, pero otros afirman que de Jerusalén.

Eran estériles, mas el Angel del Señor les anunció que tendrían descendencia en su matrimonio.

Y nació una niña, a la que pusieron el nombre de María, que quiere decir «muy amada», «soberana», «beldad omnipotente».

Transcurrido el tiempo reglamentario, Santa Ana presentó en el Templo a su hija.

Después, a los tres años, la consagraron sus padres al Señor, y la dejaron, con otras jovencitas, al servicio del Templo.

Se educaba esmeradamente y recibía, sobre todo, especial formación religiosa.

Por entonces fallecieron sus padres Joaquín y Ana.

A los catorce años, fue desposada con un varón justo, llamado José, de oficio carpintero, que debía tener, según costumbre entre los judíos, unos dieciocho años de edad.

Los dos habían hecho voto de virginidad y decidieron vivir en Nazaret.

Un día, estando en oración, se aparece a María el Arcángel San Gabriel, y le anuncia que iba a ser Madre de Dios, misterio que se realiza, al pronunciar la Virgen aquellas palabras: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra».

Visita, después, a su prima Santa Isabel, la cual, al verla, le da la enhorabuena, contestándole María con el maravilloso cántico del «Magníficat».

En sueños, se aparece un Angel a San José y le disipa las dudas que lo atormentaban sobre el estado interesante de su esposa María.

Según decreto del César, viajan a Belén, para empadronarse, María y José, y allí nace el Niño Jesús, al que Ella atiende y cuida como verdadera madre.

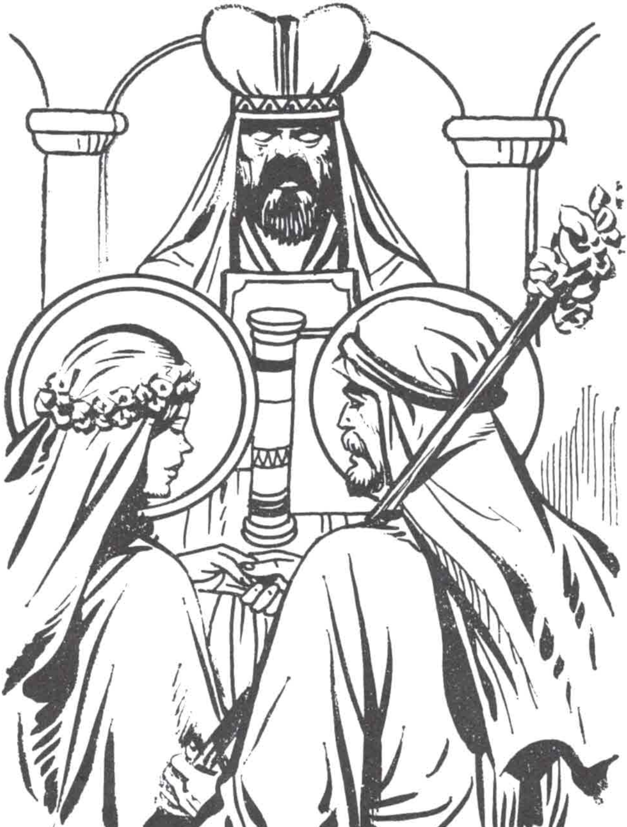
Los pastores, avisados por el Angel, marchan, gozosos, a adorar al Mesías.

A los ocho días del nacimiento, celebran la circuncisión, y le ponen por nombre Jesús, que quiere decir Salvador.

Pasados cuarenta días, llevan al Niño al Templo de Jerusalén, para el rito de la purificación y para la presentación del Niño al Señor.

El anciano Simeón profetiza a María que una espada traspasaría su alma de dolor.

Sigue la Sagrada Familia viviendo en Belén, y por entonces se realiza la adoración de los Reyes Magos, que ofrecen al Niño-Dios, oro, incienso y mirra.



Huyendo de la persecución de Herodes, José y María se instalan, con el Niño, en Egipto.

A un aviso del Angel, regresan del exilio, domiciliándose en Nazaret.

A los doce años, Jesús se pierde en Jerusalén, donde al cabo de tres días, lo encuentran sus padres en el Templo, sentado entre los Doctores de la Ley.

José y María viven, en Nazaret, dieciocho años más, y Jesús les estaba sujeto.

Muere San José en brazos de Jesús y de María.

Se despide Jesús de su Madre y recibe el bautismo de manos de San Juan Bautista.

Madre e Hijo son invitados a las bodas de unos familiares en Caná de Galilea, y obra el Mesías el primer milagro a instancias de su Madre.

María baja a Cafarnaún con Jesús y los parientes.

En Nazaret, intentan arrojar al Señor desde la cima del monte, escena que, según la tradición, contempla inquieta, María Santísima.

Durante la vida pública del Salvador, su Madre se mantiene en el silencio.

Es probable que asistiera a la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos.

Y que en el Cenáculo recibiera, ofrecidos por su propio Hijo, el pan y el vino eucarísticos.

En la calle de la Amargura, se encuentra con su Hijo, nuestro divino Salvador.

Sigue tras él hasta la cima del Calvario, y allí asiste a la Crucifixión y permanece tres horas junto a la Cruz.

Oye las palabras de Jesús, señalándole a San Juan: «¡Mujer, he ahí a tu hijo!», y dirigiéndose a San Juan: «¡He ahí a tu Madre!»

Escucha también la última frase del Reden-

tor, poco antes de morir: «¡Todo está consumado!»

José y Nicodemus bajan de la Cruz el cuerpo ensangrentado de Jesús y lo colocan sobre las rodillas de la Madre Dolorosa.

Los discípulos conducen el sagrado cuerpo al sepulcro, y los siguen la Virgen y las tres Marías.

El domingo, o sea, al tercer día, resucita Jesús, victorioso, y a la primera persona a quien se aparece es a su Madre, para consolarla.

En el Monte de los Olivos, la Virgen, con los discípulos, asisten a la Ascensión del Señor.

Hallándose los apóstoles en el Cenáculo, con algunas mujeres y con María, la Madre de Jesús, reciben el Espíritu Santo, el día de Pentecostés.

Presta ayuda y consuelo a la Iglesia naciente y narra a San Lucas todo lo que éste escribe en su Evangelio sobre el nacimiento y la infancia de Jesús.

Viviendo todavía en carne mortal, se aparece al apóstol Santiago, en Zaragoza, y lo anima a seguir evangelizando a los españoles.

Según la tradición, el Arcángel San Gabriel comunica a María Santísima su inminente extinción terrenal, aunque sin pasar por la corrupción del sepulcro.

Los apóstoles y discípulos de Jesús, esparcidos por el mundo entero, se encuentran prodigiosamente reunidos en la Ciudad Santa y asisten al tránsito y sepelio de la Virgen María.

Se cree que la Virgen vivió setenta y dos años en este mundo.

Al tercer día, resucitó triunfalmente, siendo asunta al Cielo.

Allí es coronada por la Santísima Trinidad

como Reina de la Creación, de los Angeles y de los Santos.

Y desde allí ejerce su misión de omnipotencia suplicante, de mediadora y dispensadora de las gracias de la Redención.

El lector puede comprobar la poderosa intercesión de nuestra Madre del Cielo por los innumerables prodigios que, en todos los tiempos, ha obrado en favor de sus hijos de la tierra.

Algunos de esos milagros son los que ofrecemos en este libro.

I

MARIA SANTISIMA, REFUGIO DE PECADORES

1. CONVERSION DE MARIA EGIPCIACA

Es famosa la historia de Santa María Egipcíaca, como se cuenta en el libro primero de las *Vidas de los Padres del yermo*. A los doce años se escapó de casa de sus padres, y se fue a Alejandría, donde con su mala vida era el escándalo de toda la ciudad. Pasados otros dieciséis, salió de allí y, vagando, llegó a Jerusalén, a tiempo que se celebraba la fiesta de la Santa Cruz, y, viendo entrar en la iglesia mucha gente, quiso también entrar en ella, más por curiosidad que por devoción; pero en la puerta sintió que una mano invisible la detenía. Hizo otra vez por entrar, y le sucedió lo mismo, hasta tercera y cuarta vez. Entonces la infeliz, retirándose a un rincón del atrio, conoció con luz superior que su mala conducta la echaba de la iglesia. Alzó los ojos y vio allí cerca, por dicha suya, una imagen de María Santísima, a la cual empezó a decir, llorando, de esta manera: «¡Oh, Madre de Dios, tened piedad de esta pecadora! Ni merezco que me miréis, pero Vos sois el refugio de los pecadores;

amparadme y favorecedme por el amor de Jesucristo, vuestro Santísimo Hijo. Haced que pueda entrar en la iglesia, y mudaré de vida, y me iré a hacer penitencia donde Vos me digáis.» Entonces oyó una voz interior, como de la Virgen, que le decía: «Pues que acudes a Mí con propósito de enmendarte, ya puedes entrar.» Entró, adoró la Santa Cruz con abundancia de lágrimas, volvió a la imagen, y le dijo: «Vedme pronta, Señora: ¿dónde queréis que me retire?» «Pasa el Jordán —le respondió la Virgen—, y allí encontrarás tu descanso.» Confesó y comulgó, y, pasando el río, llegó al desierto, y entendió que allí era donde se debía quedar.

Los diecisiete años primeros tuvo que sufrir terribles asaltos de los demonios; pero acudía siempre a la Virgen, y la Virgen Santísima le alcanzaba fuerzas para resistir y vencer. Finalmente, habiendo pasado en aquella soledad cincuenta y siete años, siendo ya de edad de ochenta y siete, la encontró por divina providencia San Zósimo, abad, a quien refirió todo el relato de su vida, suplicándole que volviese al año siguiente con la sagrada Comunión. Hízolo así, y le pidió lo mismo para otro año, al cabo del cual volvió, pero la halló ya muerta, aunque rodeada de un gran resplandor, y con estas palabras escritas de su mano: «Entierra aquí el cadáver de esta pecadora y pide a Dios por su alma.» Vino corriendo un león, hizo un hoyo con las garras, el Santo la sepultó, y volvió al monasterio, contando a todos las misericordias que Dios había obrado con aquella felicísima penitente.

(*San Alfonso M.ª de Ligorio, en «Las Glorias de María»*)

2. CONVERSION DE UN ESTUDIANTE

Nos refiere el Rvdo. P. Fr. Matías de San Juan, que había en Padua un joven estudiante a quien sus desórdenes y excesos depravados habían conducido al término fatal de la desesperación.

Un día concibió el proyecto diabólico de suicidarse, y, armándose de puñal bien afilado, se asestó tres tremendas puñaladas; pero cada uno de estos tres golpes terribles viniéronse a clavar sobre el Santo Escapulario del Carmen, que, por fortuna suya, llevaba sobre el pecho el infeliz estudiante.

Esto precisamente fue el motivo ocasional de su conversión y de su eterna salvación; pues, absorto y estupefacto el infeliz ante la contemplación de semejante prodigio, entró en sí mismo y, lleno de confusión, al recordar su depravada y desastrosa vida, resolvióse desde aquel mismo instante a mudar de vida y entrar por la senda verdadera del bien, siendo desde aquel mismo día un verdadero dechado y ejemplar de toda virtud.

Entró más tarde en un convento de religiosos observantes del Seráfico P. San Francisco, siendo un verdadero varón apostólico que llevó muchas almas a Dios con su celo ferviente y santa vida, siendo motivo de alabar y bendecir a Dios y a su Santísima Madre, para cuantos conocían su vida de joven.

(*«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». — P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.*)

3. SAN JERONIMO EMILIANO

Jerónimo Emiliano fue en su juventud un gran libertino, de modo que no hubo goce mundanal que él no apurara hasta la saciedad. Alistado en la milicia, llevó la vida alegre y disipada de muchos que siguen la carrera de las armas; pero la Santísima Virgen, que le amaba entrañablemente, permitió que en cierta guerra cayese prisionero, y fuera encerrado en una cárcel tenebrosa, sin esperanza alguna de salir de ella.

La oscuridad y tristeza de la cárcel hiciéronle volver en sí, y ver la horrible oscuridad de su alma, cargada de tantos y tan enormes pecados, y esta consideración levantó en él tan vivos remordimientos, que estuvo a punto de desesperar.

Abandonado de todos, sentía la necesidad de convertirse a Dios; pero al levantar el corazón al cielo, hacíalo sin ninguna esperanza, creyendo que el Señor no podía escuchar la voz de un hombre cargado de tantos y tan graves pecados. Iba ya a dejarse llevar por la fatal corriente de la desesperación, cuando se acordó de la Santísima Virgen, e hizo memoria de los cruelísimos dolores y mortales angustias que tuvo que sufrir su ternísimo Corazón, durante las horas en que Jesús estuvo preso en poder de sus implacables enemigos.

El recuerdo de los dolores de María enterneció profundamente a Jerónimo, y le movió a recurrir a la Santísima Virgen, pidiéndole que por lo que hubo de sufrir en la vida, pasión y muerte de Jesús, se dignara levantar en su alma la esperanza de salvarse, que tenía perdida.

—Si junto con la resignación en las penas que

padezco, me alcancéis un verdadero arrepentimiento de mis pecados, y el perdón de los mismos, dolorida Madre mía —le dijo—, os prometo sinceramente ser siempre vuestro devoto y hacer penitencia hasta la muerte.

La piadosísima Madre de Jesús no podía hacerse sorda a las preces del hijo afligido, que ponía en Ella la esperanza para volver a la amistad y gracia de Dios, así es que no solamente le alcanzó una verdadera contrición de sus culpas, y la seguridad de que le habían sido perdonadas, sino que además quiso que el nuevo convertido recibiera poco tiempo después la libertad.

Salido de la cárcel, Jerónimo pasó el resto de sus días llorando amargamente los excesos de su vida y haciendo dura penitencia por ellos. Murió en el Señor, y la Iglesia lo inscribió en el catálogo de los Santos.

Aprende a no desconfiar de Dios, y a poner tu causa en las benditas manos de María, única esperanza de los pecadores.

(«*Lourdes-Fátima*»)

4. CONVERSION ADMIRABLE

«*La Semana Católica*», de Madrid, en su número del 22 de septiembre de 1889, refería que el Excmo. Sr. D. Francisco Javier Zaldúa, ex presidente de la República de Colombia y eminente jurisconsulto, no se distinguió mucho por sus sentimientos católicos. Había tomado gran parte en la expulsión de los beneméritos Padres de la Compañía de Jesús y en otros desafueros análogos.

Tenía dicho señor un hijo que, habiendo ter-

minado brillantemente sus estudios en el Colegio Americano de Roma, se ordenó sacerdote y era en extremo devotísimo de la Santísima Virgen del Carmen.

Hizo cuanto humanamente pudo por alcanzar de esta celestial Señora la conversión de su querido padre, pero nada pudo conseguir.

No creáis que por esto se desalentó aquel buen sacerdote y amantísimo hijo, pues, hallándose el señor Zaldúa desahuciado de los médicos y esperando ya de un momento a otro la hora de la muerte, acercóse al enfermo su hijo y le dijo estas palabras: «Mi querido padre, ya que están agotados todos los remedios humanos, físicos o medicinales, ¿me permitirías ensayar, para bien tuyo, uno de orden espiritual?» «¿Cuál es, hijo mío», preguntó Zaldúa. «Es sumamente sencillo: ponerte el Escapulario de la Virgen del Carmen.»

Con gran sorpresa y alegría del hijo, el presidente Zaldúa inclinó la cabeza para que se le impusiera el Santo Escapulario. Una vez que le hubo recibido, preguntó a su hijo: «¿Qué obligaciones se contraen con este acto?» «La de confesaros», le respondió, emocionado, pero en tono imperativo, el buen hijo.

«Pensaré en ello», repuso con humildad el enfermo, y, cuando el hijo le daba tiempo para que se reconcentrase en sí y reflexionase, añadió el moribundo: «Deseo confesarme, hijo mío, llama a un sacerdote.» Este, que ya se hallaba prevenido de antemano por el hijo, confesó caritativamente al señor Zaldúa, el cual, no contento con confesar contrito y arrepentido sus pecados, añadió en alta voz que moría en la fe de la Santa Iglesia Católica y que deseaba reparar todo el mal que con su conducta o con su influjo o ejem-

plo había hecho a las almas, expirando luego de recibir el Viático, con muestras de sincero arrepentimiento.

(*«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». — P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.*)

5. CONVERSION DEL MAQUINISTA DE UN DESTRUCTOR

El ilustre Vicario coronel castrense de la Marina de Guerra española, D. Vicente Vela, nos refiere en su documentadísima y sublime conferencia sobre la eficacia del Santo Escapulario del Carmen, el siguiente hecho prodigioso de que fuera testigo presencial:

«Era el año 1943. Con otros buques de la Escuadra española se halla fondeado en El Ferrol uno de los destructores tipo "Alsedo". El comandante del destructor supo que el maquinista suboficial del buque se encontraba en el Hospital de Marina en gravísimo estado, y sin pérdida de momento voló al hospital para visitarle y consolarle.

»El médico de guardia, que recibe al comandante a la entrada del hospital, le informa que el enfermo no tiene remedio, porque los dos pulmones están ya invadidos y el desenlace es inminente.

»Vuela el comandante a la sala del enfermo, pregunta a la religiosa sobre el estado espiritual del doliente: "A juzgar por la imagen de la Virgen de la Caridad que cuelga sobre su pecho —responde la Hermanita— parece creyente, pero... se negó rotundamente a confesar."

»El comandante —creyente a machamartillo y, por añadidura, portador del Santo Escapulario desde la infancia—, llevado de celo cristiano ejemplar, le dio a besar el crucifijo, que el enfermo besó más por acatamiento y respeto a su jefe que por veneración y afecto a Cristo Crucificado.

»Le invitó a que se reconciliara con Dios, oponiéndose rotundamente. Le insistió con alientos paternales, pero todo fue inútil.

»Desvanecida toda esperanza, y ante la fatigosa respiración del enfermo, el comandante, atribulado, se retiró a orar por él, no sin dejarle puesto el Santo Escapulario del Carmen sobre su pecho.

»Minutos después, volvió el comandante, temiendo el desenlace fatal, y al largarle el último cabo ante el naufragio que se avecinaba, el maquinista impenitente pidió confesión; el Santo Escapulario le dio alientos para las postreras palabras; terminada su confesión con profundas muestras de sincero arrepentimiento, murió plácidamente, mientras el Padre capellán le encomendaba el alma.»

(«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». — P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.)

6. UN «EXTRAVIADO» QUE VOLVIO A DIOS

Un misionero, Párroco de Cuzco (Perú), escribe:

En mi extensa Parroquia, y con la colaboración de un grupo de Catequistas, estoy haciendo

campaña de difusión del rezo de las tres *Avemarías*. Y el éxito es grande porque Dios hace derroche de sus gracias mediante su Madre Santísima...

«En junio de 1969 pasé por una "hacienda" muy alejada de los caseríos y aldeas. El dueño de la finca ya era de edad avanzada; había sido seminarista, y luego, sin contraer matrimonio canónico, se unió a una mujer con la que tuvo varios hijos. Aproveché mi visita para dejarle una estampa sobre la devoción de las *tres Avemarías*, recomendándole que no dejara de rezarlas todos los días, y siempre que sintiese preocupación por cualquier problema.

»A finales del mes de octubre vinieron a buscarme de parte del dueño de aquella "hacienda" para pedirme con insistencia que, no obstante la distancia, fuera a aquella casa, porque dicho señor estaba muy grave y deseaba recibir los últimos Sacramentos.

»Allí fui acompañado de dos Catequistas, y al vernos el enfermo, llorando amargamente y con voces entrecortadas, pidió confesar.

»A continuación declaró que había rezado las *tres Avemarías* desde que se las había aconsejado y que a poco de rezarlas se sintió movido a "regularizar su vida" y volver a la gracia de Dios.

»Tanto le ayudaba la Santísima Virgen a su cambio espiritual, que hasta empezó a rezar el Santo Rosario durante su enfermedad.

»Como apremiaba su gravísimo estado, sin pérdida de tiempo contrajo matrimonio, recibió la comunión juntamente con su esposa y los hijos legitimados, y le administré la Extremaunción.

»Media hora, exactamente, después de esto, descansó en la paz del Señor.»

La Madre de Dios había acreditado una vez más su especial patrocinio respecto de quienes la invocan con las *tres Avemarías*. (P. Braulio Ascarza Sotelo. — 7 noviembre de 1969. — Perú).

(«*Los asombrosos frutos de una sencilla devoción*»)

II

MARIA SANTISIMA, AUXILIO DE LOS CRISTIANOS

1. TROPAS QUE RECIBEN ORDEN DE NO ATACAR

El glorioso San Esteban, rey de Hungría, es un ejemplo de la verdad del dicho de San Anselmo, que así como es imposible que se salve aquel de quien María aparte sus ojos de piedad, así es imposible que sea réprobo y se pierda aquel que constantemente la obsequia y ama. Desde su niñez lo hizo Esteban con singular ternura, y, siendo ya rey, quiso que Ella se llamase la *gran Señora* de todo su reino, y que se la venerase tanto, que no se pronunciase jamás su nombre en conversaciones familiares por no rebajarle. Puso su corona y cetro y todo su poder en manos de la Reina del Cielo, queriendo ser reputado y tenido por uno de sus humildísimos siervos. Cuando Conrado, emperador y príncipe ambicioso, resolvió conquistar la Hungría, apenas supo Esteban que las tropas del Imperio estaban ya en las fronteras y se adelantaban a jornadas dobles para sorprenderle, lejos de sobrecogerse, dio las órdenes

oportunas a fin de poner un dique al torrente, y luego, postrándose delante de la imagen de María, hizo esta breve oración: «Si queréis, Señora, que una parte de vuestros dominios sea asolada, os ruego no permitáis que esto se atribuya a mi poca confianza en vuestra protección; si el pastor ha merecido el castigo, pague él solo la pena.» Levantóse, y salió a la campaña con valor invencible; pero apenas anduvo media jornada, un correo le trajo la noticia de la retirada del ejército imperial, por haber recibido orden de volver a Alemania, orden que, sin duda, fue comunicada de arriba, porque el emperador no tuvo conocimiento de ella. El santo rey gobernó después en paz y con mucha sabiduría su reino cuarenta y dos años, y coronó el Señor sus merecimientos con una muerte preciosa el día mismo de la Asunción de Nuestra Señora, según los vehementes deseos que había tenido siempre de celebrar el triunfo de la Virgen entre los escogidos, aumentando su número en día tan precioso.

(«*Mes de María*»)

2. LA «BUENA CRISTIANA»

En Tánger, en el siglo XV, Fátima, la hija de una familia mora y rica, tenía especial caridad con los cautivos cristianos, y, por sus palabras, le entró ardiente deseo de bautizarse, para lo cual se encomendaba con fervor a la Virgen de Guadalupe. Al poco tiempo, su padre trató de casarla, con lo cual sufrió tal pena Fátima, que quería tirarse desde una torre. Entonces se le apareció la Virgen, en la forma de su imagen de Guadalupe. Alentada por Ella, a medianoche quitó

las cadenas a los cautivos para huir con ellos. Al descolgarse por una soga, de un alto muro, cayó; creyeron se habría matado; no obstante, con admiración de todos, no le pasó nada. Se embarcaron alegres, cuando una tremenda tempestad los hizo amanecer de nuevo en el puerto. Imploran con lágrimas a Nuestra Señora, quien se apareció otra vez a Fátima mientras dormía; la despertó, calmó el mar y los encaminó a tierra de cristianos. Nada más llegar, Fátima hizo que la bautizasen. No quiso llamarse María «por no estar bien que la esclava tomase el nombre de la señora» y tomó el de Isabel. Tampoco aceptó las invitaciones para descansar unos días; quería ante todo visitar a la Santísima Virgen de Guadalupe; a la cual con gran fervor se ofreció en servicio perpetuo. Ya no salió de allí, donde casó, y vivió dando tal ejemplo que por ello se la conocía como «la buena cristiana». A su muerte, en 1504, grabaron en su tumba de mármol estos hechos, que recogió también Fray Gabriel de Talavera cuando publicó su *Historia de Ntra. Sra. de Guadalupe* (Toledo, 1597).

(*P. José Luis de Urrutia, S. I. «Colección: Apariciones de la Virgen»*)

3. UN RELIGIOSO ES LIBRADO MILAGROSAMENTE DE SU CAUTIVERIO

Fray Jerónimo de Guzmán, Vicario del Monasterio de la Trinidad, que es en la ciudad de Málaga, vino en romería con mucha devoción a esta casa de Santa María de Guadalupe por razón de un voto que a Nuestra Señora había hecho. El cual, contando la causa de dicho voto, dijo así:

«Como yo fuese en Almería a visitar un Monasterio de nuestra Orden, fui salteado por tres moros, los cuales salieron a mí y me ataron y llevaron preso a Tetuán. Pues como estuviese allí por espacio de mes y medio y pasase muchos tormentos y aflicciones, encomendéme a esta Bendita Señora diciendo así: Oh, Señora, Virgen María de Guadalupe, Madre de Dios, santa y sin mancilla. Tú que quitas las prisiones a tus devotos y prisioneros, no olvides a mí entre todos ellos, que te llamo con angustia de mi corazón y tormento de mi cuerpo. Ninguna te llamó, Señora, que no lo oyeses; ninguno te pidió que no le atorgases; pues no me niegues a mí, Virgen gloriosa, lo que a todos otorgas. No sea yo más ajeno de tu misericordia que todos los otros tus servidores. Y si de esta dura prisión tu bondad me librase, yo te prometo, Señora, y hago voto de visitar tu santa iglesia de Guadalupe.

Pues hecho este voto, la Reina de los Angeles, que en la mayor agonía consuela a los desconsolados y tristes, obró conmigo el milagro que se sigue: Pasados dos días después que yo hice esta promesa, como un día, a la hora de vísperas, hubiese rezado todas las horas, dicha ya la Salve; como dijese la oración *Omnipotens sempiterne Deus*... y llegase a aquellas palabras *ejus pia intercessione ab instantibus malis*... oí una voz de Nuestra Señora que me dijo tres veces: *Anda acá, anda acá, anda acá.* Y acabando la tercera vez de decir las dichas palabras, luego súbitamente me hallé en el mismo lugar donde fuera antes cautivado en tierra de cristianos, que es espacio de más de treinta leguas por mar.»

Pues conociendo este devoto religioso haber sido tan prestamente oído de Nuestra Señora, y

por sus preciosos ruegos tan maravillosamente librado del cautiverio en que estaba, vino con mucha devoción a visitar esta su santa casa y a darle gracias por tan señalado beneficio en el año de quinientos once, por el mes de enero.

(«*Milagros de Ntra. Sra. de Guadalupe*». *Archivo de Guadalupe - Cáceres*)

4. LA BATALLA DE LEPANTO SE GANO POR EL REZO DEL SANTO ROSARIO

La Historia nos suministra abundantes ejemplos de la solicitud de María en socorrer a los cristianos cuando se hallan en peligro. Referiremos, entre otros, la victoria que los cristianos obtuvieron contra los Turcos, por su protección. Después que esos enemigos de Jesucristo habían triunfado en muchos combates, pasaron al filo de la espada a veinte mil cristianos, en sólo la ciudad de Nicosia, desollando y mutilando un gran número de ellos. No satisfechos con semejantes crueldades, amenazaron con el exterminio a la Cristiandad entera. ¿Qué fuerzas serán poderosas para contener a esos formidables invasores? El Papa Pío V, que a la sazón gobernaba la Iglesia, se esforzó en unir en una santa liga a los príncipes cristianos: exhortóles a armarse contra el enemigo común; pero sólo el Rey de España, Felipe II, el Duque de Saboya, Manuel Filiberto, y algunos otros príncipes italianos, secundaron la voz del Vicario de Jesucristo. Entonces, Pío V, viendo las fuerzas de los cristianos tan inferiores a las de los infieles, de manera que la victoria, humanamente hablando, hubiera sido imposible, pone toda su confianza en María. Ordena públi-

cas plegarias en toda la Cristiandad; y, lleno de fe, espera el socorro de esta celestial Madre. En seguida recomienda a todos los generales de la armada cristiana que despidan a todos los hombres de mala vida, y que a los que queden bajo sus órdenes les exija una irreprochable conducta y una perfecta devoción a María. Los combatientes, después de haberse confesado todos, recibido la sagrada Comunión y la bendición papal, se pusieron en marcha contra el enemigo, bajo la égida de la Reina del Cielo. El ocho de octubre, las dos flotas se encuentran frente a frente en el golfo de Lepanto. Eran las cuatro de la tarde. Las trompetas dan la señal del combate; y los cristianos, al grito de *Viva María,* se arrojan contra los infieles. Ya hace una hora que se baten con encarnizamiento de una y otra parte, y la victoria está indecisa, cuando he aquí que el generalísimo de la Armada turca cae muerto. De repente los bárbaros caen en el estupor, y la confusión les hace emprender la fuga; sus navíos son tomados al abordaje, arrollados o incendiados, y su derrota es completa. En pocas horas los turcos han perdido treinta mil hombres, doscientos veinticuatro navíos y cuatrocientos veintisiete cañones. Este golpe aplastó el poder musulmán y marcó la era de su decadencia. Todos reconocieron que esta prodigiosa victoria fue debida a la protección de María, la que en aquel mismo momento se había dignado revelarlo, por medio de una visión celestial, a su siervo Pío V; quien, en testimonio de gratitud, decretó añadir a las Letanías de la Santísima Virgen, llamadas Lauretanas, la invocación: *Auxilium christianorum, ora pro nobis.*

(«Novena a M.ª Auxiliadora». - S. Juan Bosco)

III

MARIA SANTISIMA, SALUD DE LOS ENFERMOS

1. «TORNA DE MUERTA A VIVA»

En el siglo XV, que tanto se distinguió por la devoción a Nuestra Señora, aconteció entre otros muchos prodigios, la curación milagrosa de la reina de Navarra D.ª Blanca, que, hallándose desahuciada y en el artículo de la muerte, tuvo la dicha de que se le apareciera la Santísima Virgen sobre una columna de mármol y le dijera: Sierva mía D.ª Blanca, arrimaos a este Pilar mío y tendréis salud. «Tornó de muerta a viva» D.ª Blanca, como dice una relación antigua, y no tardó en venir en peregrinación a Zaragoza, con grande acompañamiento, para cumplir el voto que hizo de velar en la Santa Capilla; ocupándose durante muchos días en vigilias, oraciones y limosnas, e instituyendo, en Pamplona, la Cofradía de Nuestra Señora del Pilar, y después la Orden de Caballería del mismo nombre.

(P. Nazario Pérez, S. I. en «Apuntes Históricos de la devoción a Ntra. Sra. del Pilar»)

2. CURACION DE FERNANDO DE HONTORIA

Durante mucho tiempo en siglos pasados se permitió a los fieles velar toda la noche en la Angélica Capilla a Nuestra Señora del Pilar, viniendo no pocos peregrinos con este objeto, y obrándose a veces en tales casos estupendos milagros.

Fernando de Ontoria fue curado en una de esas vigilias, en 1494, después de veintiséis meses que se hallaba aquejado de una grave enfermedad. Asistiendo a unas bodas en Villamediana (Palencia), se fue a dormir, después de una abundante comida, a la sombra de un nogal, y se halló, al despertar, completamente tullido y sin poder moverse por sí solo. Así estuvo más de dos años, arrastrándose más que andando, y padeciendo crueles dolores, hasta que vino en peregrinación, con hartas dificultades, al Santuario de Ntra. Sra. del Pilar, en cuyo claustro se hospedó. Hizo una novena a la Virgen, y, en la séptima noche, oyó que ella le dijo por dos veces distintamente: «*hijo, levántate*», recobrando Fernando inmediatamente la salud.

(P. Nazario Pérez, S. I., en «Apuntes Históricos de la devoción a Ntra. Sra. del Pilar»)

3. NUESTRA SEÑORA CURA A UN BURGALES DE UNA ENFERMEDAD MORTAL

Como Juan de Salinas, natural de Burgos, estuviese en Flandes con ciertas mercancías, vínole una tan grave enfermedad, en la que tanto se

agravó que no había remedio humano, pues ya había gastado más de trescientas doblas en médicos.

Sobre esto viniéronle unos vómitos, de manera que estuvo doce días sin comer ni beber, y perdida la sensibilidad.

Encontrándole en este estado un médico, le dijo que preparase lo necesario para su enterramiento: como esto oyese su criado, se fue al puerto para decir a los otros mercaderes, sus amigos, que le viniesen a honrar.

Estos, como viesen al dicho Juan Salinas en tal estado, que parecía más muerto que vivo, uno de ellos le dijo a voces: «Hermano Juan de Salinas, encomendaos a la Virgen de Guadalupe y ofreceros a Ella».

Como esto oyese por las grandes voces que su amigo daba, prometió en su corazón visitar su santa casa y ofrecer una figura de hombre que pesase un marco de plata.

Además dijo que, cuando esto pensaba, se le apareció una señora muy hermosa, que le dijo: «Hijo, no temas, que no morirás de esta enfermedad».

Volviéndose Juan de Salinas a los mercaderes, díjoles: «Hermanos, andad con la bendición de Dios, ya me encomendé a la Virgen de Guadalupe y me ha dicho que no moriré de esta enfermedad».

Hecho este voto en su corazón, aquel mismo día se le quitaron los vómitos y las fiebres y al siguiente día se levantó.

Lo cual, visto por los que conocían su enfermedad, dieron gracias al Señor y a la Virgen de Guadalupe.

Reconociendo Juan de Salinas el gran favor

que había recibido de Dios por mediación de la Virgen de Guadalupe, vino a esta santa casa y ofreció el precio del marco y su hechura.

En el año del Señor de mil quatrocientos e nouenta y nueve, el día nueve de Septiembre.

(«*Milagros de Ntra. Sra. de Guadalupe*». Archivo de Guadalupe - Cáceres)

4. EN VILLAHERMOSA RESUCITA NUESTRA SEÑORA A DOS PERSONAS

Gil Moreno, natural de Villahermosa, vino a esta santa casa y, contando la causa de su venida y por qué traía dos mortajas, dijo que, como un cuñado suyo llegase casi a la muerte por un dolor de costado que le sobrevino, y como en tal estado estuviese por espacio de dos días, su mujer, hermana de este enfermo, díjole a voces: Hermano, ¿queréis que os encomiende a la Virgen de Guadalupe?, él no respondió nada, pues tenía los ojos como muerto.

Por lo que su hermana, viéndole de este modo, dijo: «Oh, Señora de Guadalupe, os prometo llevar la mortaja con que este mi hermano había de ser amortajado, si es que le dais vida».

¡Cosa maravillosa! El enfermo, abriendo los ojos, pidió a su hermana que le diera de comer; mas ella, pensando que lo decía en el delirio de la muerte, volvió a hacer la misma petición. El hermano le volvió a decir: Hermana, yo me prometo a la Virgen de Guadalupe como vos lo queréis.

Cosa rara, al decir esto se levantó de la cama y, de allí a pocos días, quedó completamente sano.